

RELATO CORTO

TÍTULO: EL PRINCIPIO

TEXTO RELATO

Pasaba de la medianoche cuando cayó agotada en su cama. Ni siquiera se sacó el uniforme, sólo pretendía descansar un par de horas.

Las sienes martilleaban sin piedad, con aquel dolor de cabeza, que no la había abandonado en todo el día. Cerró los ojos con fuerza, intentando que el sueño la transportara a lugares lejanos donde todo fuese un poco más fácil, donde pudiese olvidar por un momento el caos que la rodeaba.

Mentalmente repasó su vida hasta aquel momento. Enfermera de vocación, siempre lo tuvo claro, estudió, adquirió experiencia, siguió formándose, no le faltaba trabajo, se sentía satisfecha de lo que había conseguido. Y de forma imprevista, llegó aquella propuesta, casi un reto, trabajar en una zona de guerra, sin pensarlo mucho, aceptó.

De esto hacía ya casi un mes y estaba a punto de caer en la desesperación. Nada funcionaba como debiera, se trabajaba a destajo, los suministros apenas llegaban, los medicamentos escaseaban y los heridos llegaban y morían casi con la misma rapidez.

Una silenciosa lágrima resbalo por su mejilla, se limpió de un manotazo y se levantó bruscamente. Se negaba a caer en la autocompasión. Necesitaba pensar, analizar objetivamente la situación. Haría una lista con los problemas más urgentes a los que se enfrentaba y las posibles soluciones.

El cansancio se había esfumado y una sensación de euforia la invadió. Encendió la lámpara del pequeño escritorio, cogió papel y comenzó a escribir.

Lo primero era organizar a su equipo de enfermeras. Por alguna razón ella era la más experta. Al resto no les faltaba voluntad, pero necesitaban formarse mejor en situaciones límite como la que estaban viviendo: heridas de guerra, escasos recursos y jornadas interminables. Hacía días que le rondaba la idea de organizar turnos de trabajo. Si lograban descansar, podrían desempeñar su labor de manera más eficiente.

Otro problema eran los escasos recursos, que llegaban a cuentagotas. Para empeorar la situación, lo poco con lo que contaban, estaba tan desordenado y disperso por las distintas dependencias, que era imposible encontrar algo cuando se necesitaba. Hacía falta un inventario, sí, un inventario lo haría todo más fácil. A primera hora buscaría a alguien que la ayudase.

La limpieza tampoco parecía ser una prioridad allí, hablaría con sus enfermeras. Tendrían que ponerse a esa tarea, no les gustaría. Seguro, lo considerarían una tarea poco edificante. Pero empezaría por su cuenta y así no les quedaría más opción que seguir su ejemplo.

Y que decir de aquella bazofia que servían de comida, y que no servía ni para las ratas, hablaría seriamente con el cocinero. Tenía que poder mejorar aquel rancho inmundo que solo empeoraba la salud de los pacientes.

Se quedó un momento pensativa, convencida de las decisiones que iba a tomar. Pensó que con toda seguridad el cirujano jefe la cuestionaría, *“no se meta usted en lo que no le incumbe, límitese a seguir mis órdenes”* le había dicho. No estaba de acuerdo, todo lo que mejorase a los pacientes también le concernía a ella. No había cruzado medio mundo para quedarse al margen y acatar órdenes sin cuestionarlas.

Releyó una vez más sus notas. Era un comienzo, ahora lo veía todo más claro. El dolor de cabeza casi había desaparecido y una sensación de tranquilidad se fue abriendo paso. Se desperezó y pensó en volver a la cama un rato más, pero en ese instante, unos tenues golpes sonaron en la puerta y la voz de una de las enfermeras susurró:

—Acaban de llegar más heridos.

—Voy ahora mismo.

Florence tomó su lámpara y salió al pasillo. El alba comenzaba a despuntar en Scutari.